

MÉTODOS CRIMINALES EN MÉXICO

en apoderado o gerente de la explotada. La cuida, la protege, le evita contraer vicios, le enseña toda medida profiláctica, la lleva y la trae al cabare, del hotel o del prostíbulo al domicilio conyugal, le administra el dinero, le abre cuenta en el banco para establecer un fondo de reserva para la vejez y quizá le compra un rancho en su tierra donde pasar sus últimos días.

La técnica especial del "apache" fué el fraude del "marido ofendido", el tipo que representa una farsa delictuosa presentándose en el momento oportuno, en el preciso momento psicológico, para "desplumar" al incauto por medio del amago o por medio del temor al escándalo. También adiestró a su administrada o administradas en el arte difícil del carterista, como ya lo esboqué en páginas anteriores.

Este es el tipo clásico del "sosteneur" francés, del "apache" parisino quien vino a establecer escuela en nuestro medio. Nada más que los discipulos salieron más aprovechados, los buenos vestidos fueron para ellos y en su recargo de ropas llegaron hasta el afeminamiento sin defender a su hembra ni velar por su futuro. Esos "cinturitas" son los zánganos más despreciables a quienes se haría un gran beneficio si de inmediato se les diera alta para el servicio militar obligatorio.

CAPITULO XVIII

Complices e Informantes y Simuladores

Entre la sabiduría de los antiguos encontramos el refrán: "Tanto peca el que mata a la vaca, como el que le tiene la pata," y tal norma de moralidad, parece sugerir que al actor se le aplique igual pena que al cómplice.

Pero nuestros penalistas han logrado deducir grados de responsabilidad en la comisión de un delito; pues no resulta justo que el cómplice o el informante lleven igual pena que el actor.

Los cómplices no intervienen en el acto criminal. Muchas veces son meros instrumentos del hampa. Muchos de los informantes son gentes dispuestas a hablar por hablar; pero sin enterarse por completo de cómo el hampa utiliza los datos que logra recabar.

En el planeo del golpe es donde el hampón pone todo su ingenio, su audacia y —¿por qué no decirlo?— toda su ingenuidad. Todos sus ardides tienen un sello muy humano. Entre los hampones hay verdaderos filósofos que conocen a fondo las reacciones del sér humano y por eso, en la guerra que tienen entablada contra la sociedad, han

sido los primeros en usar la sicología como factor importantísimo.

Antes de fijar la hora y método que habrán de emplear en un robo en casa habitada —por ejemplo— hacen una laboriosa investigación para conocer a fondo cuáles son las costumbres de los moradores de la casa: sus entradas y salidas y, lo principal, a cuanto puede ascender el botín que recojan.

Unas veces basta con entrevistar hábilmente a la portera. Para ello hay que dominar el difícil arte de interrogar. Si la portera es el tipo clásico de las de su empleo, se "descose" hablando y muchas veces ignora que acaba de proporcionar datos valiosísimos al hampa.

Después, hay que confirmar los datos obtenidos por medio de la portera deslenguada y para ello se valen de los vigilantes que bajo el disfraz de limosneros, vendedores ambulantes o simples preguntones distraídos, se acercan más al objetivo y toman nota de la disposición de exteriores e interiores.

Estos "santeros", encargados de dar "santo seña", acerca de las costumbres y posesiones de la presunta víctima, tienen el mismo encargo que los exploradores y espías de que se valen los ejércitos para recabar datos que proporcionen una esperanza de victoria segura.

De todos los "santeros", los mejores pasan como servidumbre de la casa. Criados y criadas que admiten sin la debida comprobación de sus antecedentes o referencias pueden ser espías de los la-

drones, cómplices cuya colaboración es valiosísima.

Esto no quiere decir que toda servidumbre esté en contacto con el hampa; pero sí conviene instruir debidamente a las personas que estén a nuestro servicio para que no por el muy humano prurito de hablar, o murmurar los patrones, inconscientemente proporcionen informes a los planeadores del hampa.

También es conveniente que la honrada y caritativa ama de casa no franquee tan fácilmente la entrada a desconocidos; pues el limosnero que llama a su puerta puede venir con el propósito de ver el dispositivo de la casa, sus entradas, salidas, puertas, ventanas, azoteas; si hay animales domésticos: perro guardián y así llevar a sus compañeros un verdadero plano del objetivo.

El vendedor misionero que trabaja de casa en casa, que hábilmente logra penetrar hasta la sala, mientras presenta sus artículos a precios elevados con la intención de no hacer venta alguna, puede venir aleccionado para hacer un inventario mental de lo que en tal casa se pudiera robar.

La criada que, por salir del apuro, se tomó a servicio sin las referencias indispensables y sólo confiando en su aspecto y movidos por el cuento de urgencia en trabajar, puede venir expresamente a tomar informes acerca de nuestros métodos de vida y del monto de nuestras posesiones.

El individuo que viene a llamar a la puerta preguntando si allí vive Fulano de Tal, quizá está preguntando por sí mismo y sólo lo hizo bajo la coar-

tada del equívoco, con la intención de ver si aún estamos en casa, ya que la cerradura moderna instalada sobre la puerta no le dice, con la elocuencia que indica el candado, si la casa está desierta o no.

Muchas veces las mismas víctimas son las que inconscientemente proporcionan informes, pues el ama de casa movida por satisfacer su deseo de importancia al platicar con la vecina acerca de la compra de una alhaja valiosa, de un aparato de radio, máquina de coser o de la bonanza del marido, no se cuida ni se percata que otras gentes pueden estar oyéndola y tomando nota de su conversación.

Los amigos que se detienen en la esquina y en medio de su plática hacen ostentación de sus pertenencias o adquisiciones, quizá están nutriendo de información a los interesados que les escuchan atentamente. Supongamos que entre la conversación se dice lo que se guarda en el ropero, en el escritorio o se hace gala del último traje azul de flamante casimir que se compró hace poco.

El pícaro que escucha, bien puede dar la vuelta, correr a la casa del presumido y pedir a la esposa, a la criada el famoso traje azul por indicación del señor que desea mandarlo a la planchaduría, o la pistola que guarda en el ropero o en el escritorio.

¿Ya ve usted la necesidad de contener la lengua? Bien cabe recordar otra expresión de la sabiduría común: "Bajo la desconfianza vive la seguridad".

Estas líneas no son de tendencia altruista, humanitaria; sino francamente egoísta con el deseo

de precaver y no tener que lamentar una pérdida, un susto, tan sólo por exceso de confianza, de buena fe, de mal entendida bondad y compasión por las miserias del prójimo.

Son los limosneros, los mendigos profesionales quienes explotan la buena fe, la credulidad y el buen corazón de las gentes. Mas usted no sabe que los pordioseros también tienen su conexión con el hampa y que son artistas en el arte de simular.

Todas esas caras macilentas, esos ojos lánguidos, esas llagas, esas heridas, esa tos, esa torpeza al andar, esos brazos dislocados o piernas baldadas, no son otra cosa que trucos del oficio para mover compasión y a través de ello, de centavo en centavo, de moneda en moneda, reunir a la larga más dinero que el que usted, trabajador honrado y económico, pudiera acumular como reserva para los malos tiempos.

Por su imaginación, como evocados por estas palabras, desfilarán los casos que usted retiene en la memoria. Recordará de cuántos y cuántos mendigos simuladores ha descubierto la policía. Esos ciegos fingidos, esos enfermos de pega, esas criaturas que lloran entre los brazos de supuestas madres harapientas, esos pedigüños vergonzantes, todos esos simuladores no hacen otra cosa que vivir una comedia y tras vida aparentemente miserable, dejan bajo el sucio y destripado jergón, una fortuna en monedas o billetes de alta denominación.

Hay mendigos que llevan una vida doble que, durante el día en su predilecto sitio de operación,

gimen, cantan, plañen, rezan y con la mano tendida con el botecito a los pies van juntando pacientemente lo necesario para la segunda vida hedgada que llevan.

Al terminar la jornada, después de soportar todos los cambios del tiempo, después de repetir la estudiada cantinela, después de sentir las miradas de los transeúntes, se encaminan a su guarida, y como todo trabajador, se lavan cara y manos, cambian sus ropas de trabajo por indumentaria decente, abordan un automóvil de alquiler y ya con piernas o brazos postizos, llegan al hogar donde una mujer y varios hijos le esperan.

Mendigos simuladores son también aquellos con técnica de vergonzantes que nos atracan con el cuento de la carencia de trabajo, de los familiares enfermos, del muertecito por enterrar o de la "misa" de limosna que ofrecieran como manda.

Clásico tipo de nuestra mendicidad simuladora es el sordomudo que visita oficinas y comercios para tender al primero que encuentra un papel sucio donde se describe su defecto y se implora una ayuda para el sordomudo (?) que ante la insolencia de algunos se desata en denuestos olvidando como principiante, su papel.

En cambio, los profesionales, son tan hábiles que engañan hasta al médico que les examina. Su calentura, su temperatura elevada, la provocan por medios químicos o simplemente por medio del ajo untado en las axilas. Sus dolores internos no pueden ser comprobados.

Un truco favorito de los vagabundos de Norte-

américa consiste en conservar dentro de los zapatos, después de untarse las piernas, un pedazo de carne molida para que los perros que las damas elegantes sacan a paseo arrastren a sus dueñas hasta el mendigo.

LOS SUPLANTADORES. Son simuladores también que tratan de sacar algún provecho haciéndose pasar por lo que no son. La generalidad de los humanos, bien por no tomarse la molestia de investigar y comprobar, o bien por su credulidad, aceptan como bueno todo lo que se le dice, siempre que su interlocutor tenga aspecto de gente decente.

El suplantador es otro artista del hampa que representa un papel y tiene que llevar a la vida diaria un buen número de personajes. Una vez se hace pasar por militar retirado y como su aseveración nos es bastante, y no queremos tomarnos la molestia de investigar si es verdad o no lo que asegura, lo creemos de buena fe y lo aceptamos como coronel, o mayor o capitán, cualquiera que sea el grado militar que ostente por medio de un simple botón esmaltado para la solapa.

Así, otro día se presenta en un comercio haciéndose pasar como Inspector Fiscal, de Trabajo, de Salubridad, de la Compañía de Luz, o de lo que sea e induce al comerciante a comprar su silencio, por medio de la clásica "mordida", en vista de las irregularidades que encontró, atacando a su víctima con el arma psicológica del temor a la infracción.

Y si los comerciantes que, por razón de sus actividades deberían ser desconfiados, aceptan como

MÉTODOS CRIMINALES EN MÉXICO

buenas la palabra del suplantador, ¿qué hará la sencilla ama de casa que poco conoce de las agucias de los pícaros?

Ante todo, lo primero que hay que hacer ante la visita de un inspector, es conservar la cabeza, la serenidad y pedir que inmediatamente se identifique y sin temor de pecar de descortés, por medio del teléfono o de un estudio de las credenciales que presenta, comprobar su dicho para no ser víctima inocente de un fraude.



CAPÍTULO XIX

La Criptología en el Hampa

Todo lo que tiene un sentido oculto para los no iniciados, cae bajo el estudio de la modernísima ciencia llamada criptología. El hampa por sus actividades delictuosas tiene mucho que ocultar a la vista, al oído y a la razón del no iniciado. Por ello es que ha inventado curiosos medios de comunicación.

En el hampa, como en toda organización secreta, hay señas y contraseñas, palabras de "pase" por medio de las que se reconocen, se avisan y se comunican secretamente para quien no conoce sus sistemas criptológicos.

Ya en el capítulo sobre el robo en casa habitada vimos cómo por medio de un cabello sujeto con bolitas de cera o chicle sobre la cerradura, entre la puerta y el marco de la misma, disponen de una "seña" para saber si el dueño de la casa ya volvió y al hacerlo descubrió el robo para así no entrar por el segundo viaje.

Ya vimos cómo el "aguador", el vigilante que se queda en las afueras de la casa que se roba, o protege el desarrollo de un timo o estafa, avisa

a su compañero por medio de una pedrada que lanzara con el auxilio de una resortera, especie de honda montada sobre horqueta.

También hemos mencionado que cuando el carterista o el ratero están en peligro, su acompañante produce con la boca una especie de azuzamiento, como arriero que estimula a sus animales, como señal para la huida.

Cuando las autoridades estuvieron persiguiendo a los vendedores de literatura pornográfica, los voceadores establecieron una seña y contraseña verbal a fin de no caer en la redada.

Cuando están a distancia y no se pueden hablar, se convienen señales para indicar el momento oportuno para la acción o la huida, tales como el movimiento del sombrero, la exhibición de artículos en ventanas o balcones y otros movimientos por el estilo.

Pero el medio más ingenioso de que tenemos conocimiento fué el que empleara un "apache" para comunicarse con su mujer. Estaba incomunicado y bajo estricta vigilancia. Quería que su mujer trajese inmediatamente al abogado chanchullero y a la vez para no privarse de las comodidades a que estaba acostumbrado, pedía la pasta dentífrica, la navaja de rasurar y un par de cobijas.

Aprovechó que uno de sus guardianes se alejaba momentáneamente para comprar cigarrillos y entonces pidió al otro vigilante permiso para dar unos pasos y desentumecer las piernas. Su mujer le atisbaba desde lejos. El "apache" inició el paseo se arregló el nudo de la corbata, los picos de la

mascada de pecho, se frotó las rodillas, se hurgó la nariz, se acomodó el sombrero sin dejar de pasear y cuál sería la sorpresa del primero de sus custodios, enterado de antemano de las necesidades del hampón, ver que minutos después volvía la mujer trayendo a su hombre todo lo pedido por medios desconocidos: el abogado, la pasta, los útiles de aseo y las cobijas.

Como no lo vió pasearse y hacer movimientos enteramente naturales y si lo hubiera visto, tampoco hubiera comprendido el significado oculto de todo aquello, culpó a su compañero de negligencia en el servicio por haber permitido que aquél se comunicara con el exterior a pesar de las instrucciones recibidas. Llegó a pensar hasta en el soborno de su compañero.

Días después, cuando inculpaba a su compañero delante del "apache", éste tuvo la caballerosidad de defender al inculcado y revelar en lo general, aunque no en detalle, su medio de comunicación a distancia. Para convencer al incrédulo y desconfiado policía le propuso lo siguiente:

—Ya que me han permitido comer en casa te invito a comer conmigo. Si ceptas, dime ¿qué quieres que te sirva? Afortunadamente mi mujer nos mira y puedo desde aquí transmitirte tus deseos. ¿No ves que este medio es necesario para nuestra vida, ya que muchas veces no podemos hablar y es un lenguaje secreto convenido entre ella y yo? Dime, ¿qué quieres que te sirva a la hora de la comida?

—Bueno, acepto; pero desde aquí y en mi presencia vas a dar tus órdenes. Dile que quiere arroz blanco, pavo al horno, calamares en su tinta, vino blanco y pan negro. Comida muy extraña pero bastante buena para probar tu sistema de comunicación.

Volvió el "apache" a pasear lentamente, se tocó el sombrero, se arregló la corbata y la mascarada, se sacudió el polvo sobre los hombros e hizo otros muchos movimientos naturales sin ninguna significación para el no conocedor.

Después de un largo paseo fueron a comer y efectivamente, la comida fué servida en silencio con todos los platillos pedidos, incluyendo pan y vino.

La cofradía de los mendigos que van de casa en casa implorando, usa una especie de criptografía o escritura secreta y por medio de caracteres especiales pintados con tiza sobre puertas y muros se dicen dónde dan dinero, dónde comida, dónde hay perro y dónde se corre peligro y así el que viene atrás, por medio de la señal criptográfica que le dejara su predecesor, queda enterado de tiempo para huír si hubiere peligro.

Esa criptografía o escritura secreta poco es usada entre los hampones mexicanos y si emplean sus sistemas son sencillísimos, de fácil interpretación y por lo general se abstienen de comunicarse por escrito para no dejar en manos de investigadores pruebas o indicios acerca de sus actividades.

En cambio, sí recurren a la criptografía,

lenguaje secreto que llamamos caló y ellos, para despistar, caliche. El estudio del caló, única evidencia tangible que nos queda del hampa, nos permite, como todo estudio de un idioma o dialecto, adentrarnos en la mentalidad, en las costumbres y en una palabra, en la sicología de las gentes que lo emplean.

Ahora ya no se trata de listas cortas y de unas cuantas frases, sino de algo más formal que nos ocupa un buen espacio y así como logramos superar la obra iniciada por el maestro, confiamos en que otros puedan adentrarse más en el campo de la criptología de los delincuentes mexicanos y vuelvan con mayor acopio de voces; pues lo que ahora nos parece una recopilación muy completa, dentro de varios años parecerá escasa y quizá fuera de época.

El caló como dialecto jergal, tiene mayor movilidad que cualquier otro; siempre está y seguirá estando en constante renuevo; pues tan pronto como una voz ha trascendido al público, cuando revelado a los curiosos su significado real y convenido, los hampones la sustituyen por otra para disponer así de un medio seguro de comunicarse entre ellos, sin correr el peligro de ser entendidos por sus guardianes, sus perseguidores y todos los interesados en interpretar sus pensamientos.

Sin embargo, comparado el caló de nuestros hampones con el usado en España, vemos que muchas voces son idénticas tanto en pronunciación como en significado. La fuente principal del caló o argot español es la jerga de los gitanos donde

METODOS CRIMINALES EN MEXICO

abundan las palabras agudas con sus últimas vocales acentuadas. Lo más significativo es que todavía se usan tales palabras y quizá se seguirán usando.

Así vemos cómo el argot de la delincuencia hispana es el espinazo de nuestro caló donde se han juntado otras dos corrientes lingüísticas: la jerga de los centroamericanos, antillanos y la jerga de los pochos, importada por los mexicanos que han tenido sus tropiezos con las autoridades de Norteamérica.

A pesar de ser el caló una criptoglosía flotante hay voces que han tomado tal arraigo, que han cundido atravesando todas las capas sociales que ahora se hallan hasta en los labios finos decentes de la señorita o de todos los que adoptan fácilmente los modismos sin saber su procedencia. Como ejemplo tomamos al azar la palabra "chivas," que el ratero usara para designar todos sus pequeños adminículos que conservaba en la cárcel. Por medio de la prensa, de la conversación y por todos los medios de divulgación cundió la conocida expresión del carcelero: ¡A la reja, a todo y "chivas"! y no tardamos en oír a la mecánografa, a la muchacha que estudia, llamar "chivas" a todo lo que guarda en su escritorio o en su bolso de mano.

CAPITULO XX

Los Enemigos Públicos

Enemigos Públicos, Enemigos de la Sociedad y hasta Unidades Biológicas se ha llamado a los delinquentes cuando, en mi concepto, sólo debería llamárseles Sub-normales o Antisociales sobre todo tratándose de menores que han infringido las leyes.

Considerarlos como Enemigos Públicos es fomentar su afán de continuar la lucha contra el orden establecido por las autoridades. Considerarlos como Unidades Biológicas simple y sencillamente, no es sino emplear un tecnicismo ambiguo, puesto que todo bicho viviente es en sí una unidad biológica que puede ser nociva, incorregible, o susceptible de regeneración.

En cambio, a la luz de la siquiatria, ciencia que se ocupa de estudiar los trastornos parciales y totales en el funcionamiento anímico del individuo, encontramos que esa subnormalidad, esa inferioridad de lo normal, se manifiesta en la enorme mayoría de los humanos en una forma o en otra.

Así como del cuerpo no podemos asegurar que gozamos de completa salud, pues desde el nacimiento ya traemos una enfermedad manifiesta o latente, así, también del alma no podemos asegurar su perfecto funcionamiento sin el tratamiento adecuado, tanto corporal como psicológicamente.

La normalidad es el equilibrio perfecto entre las funciones mentales y corporales, y puede abarcar toda la vida o sólo parte de ella cuando este equilibrio se rompe por diferentes factores o causas.

De entre los subnormales que pueden ser delincuentes y no delincuentes, separamos a los primeros con la intención de comprender mejor la psicología del hampa y poder contestar a las preguntas de ¿por qué roban? ¿por qué matan? ¿por qué se prostituyen y degeneran? ¿qué piensan los criminales de ellos mismos, de su personalidad y de sus actos?

Empezaremos por dar contestación a esta última pregunta y para ello vertteremos al español las opiniones del eminente sociólogo norteamericano Dale Carnegie, contenidas en su libro "**Cómo Ganarse Amigos e Influir en los Demás**".

"El 7 de mayo de 1931, la ciudad de Nueva York fué testigo de la cacería humana más sensacional que registra la historia de la vieja Ciudad Imperial. Después de dos semanas de infructuosa búsqueda, fué capturado en la vivienda de su novia el asesino Crowley, alias **Dos Pistolas**, el temperante asesino que no fumaba ni bebía.

Ciento cincuenta hombres entre policías uniformados y agentes del Servicio Secreto, tendieron sitio al escondrijo del malhechor, situado en el último piso de un edificio de la Avenida West End. Abrieron agujeros en el techo y por medio de bombas lacrimógenas trataron de rendir a Crowley, el **Dos Pistolas**, por matón de gendarmes. Instalaron sus ametralladoras en los edificios circunvecinos, y por más de una hora, uno de los barrios residenciales de Nueva York, escuchó el estampido de las pistolas y el tableteo de las ametralladoras.

Crowley, agazapado tras un sillón gruesamente acojinado, incesantemente disparó sobre la policía. Diez mil sobresaltados espectadores presenciaron tan singular combate. Los bulliciosos neoyorquinos jamás habían presenciado algo semejante en pleno corazón de la ciudad.

Una vez capturado Crowley, el Comisionado de Policía Mulroney, declaró que el desesperado **Dos Pistolas**, era uno de los criminales más peligrosos que figuraran en los archivos criminológicos de la ciudad de Nueva York.

—Es capaz de matar —comentó el comisionado— en menos que canta un gallo.

¿Pero cuál era el concepto que el **Dos Pistolas** tenía de su personalidad?

Esto fué posible de averiguarlo, porque mientras la policía disparaba sobre sus habitaciones, el bandido escribió una carta dirigida **A Quien Corresponda**. La sangre que manaba de sus heridas dejó una huella escarlata sobre el papel que empleó para escribir. En esa carta, Crowley decía:

"Bajo mi pecho se esconde un corazón débil, un corazón tierno, incapaz de hacer mal a nadie".

Poco antes de que se le capturara, Crowley estuvo paseando en automóvil, y en el tramo de la carretera que se dirige hacia Long Island, se detuvo un instante para besuquear a la muchacha que le acompañaba. Repentinamente apareció un policía y dirigiéndose adonde estaba el coche estacionado, ordenó con autoridad:

¡Muéstreme su licencia!

Sin pronunciar media palabra, Crowley sacó su pistola y acribilló a tiros al policía de camino. Mientras el representante de la ley caía muerto, Crowley se apoderó del revólver que portaba el policía agonizante y disparó otra bala sobre el cuerpo del postrado.

¡Y éste fué el mismo asesino que dejó una carta escrita donde decía: **Bajo mi pecho se oculta un corazón débil, un corazón tierno, incapaz de hacer mal a nadie!**

El criminal fué sentenciado a morir en la silla eléctrica. Cuando Crowley llegó a la Casa de la Muerte, en Sing Sing, pronunció estas palabras: ¡Esto es lo que me gana por defenderme a mí mismo!"

El asunto a debate en esta historia es el siguiente: El **Dos Pistolas**, Crowley, jamás se inculpó a sí mismo.

¿Es ésta una actitud inusitada entre los criminales? Si así lo cree usted, escuche ésto:

He gastado los mejores años de mi vida proporcionando a las gentes placeres delicados, ayudando

doles a que se diviertan, y todo lo que obtengo en recompensa es el menosprecio y la existencia de un hombre a quien se persigue sin tregua.

Estas son palabras salidas de los labios de Al Capone, el que fuera en otro tiempo el Enemigo Público Número Uno, el jefe más siniestro de la delincuencia que brotara de los barrios bajos de Chicago. Capone no se condena a sí mismo. Según su manera de sentir, que se refleja a través de sus palabras, Capone se considera como un benefactor de la sociedad, se juzgaba a sí mismo como un filántropo mal comprendido por sus conciudadanos.

La misma creencia tuvo el **Holandés** Schultz antes de caer mortalmente herido por las balas que dispararon unos malhechores de Newark, rivales suyos en la carrera del crimen. Schultz fué uno de los bandidos neoyorquinos de más renombre. En entrevista que concedió a los reporteros policíacos manifestó que él era un benefactor público y siempre tuvo esa convicción.

En la correspondencia que acerca de este tóxico he logrado sostener con el alcaide Lawes de Sing Sing, dicho funcionario me reveló que **pocos son los criminales que habitan en Sin Sing, que se consideren hombres malos.**

Y después, me dice en una de sus cartas: **Los reclusos son tan humanos como usted y como yo. Por eso es que raciocinan, por eso es que tratan de justificarse. Explican, a su modo, el por qué fuerzan una cerradura o tiran del gatillo de una pistola. Esprimiendo sus propios razonamientos, falsos o lógicos, pretenden justificar sus actos antisociales de**

acuerdo con la ética que sustentan y por consiguiente sostienen que no deberían permanecer cerrados en la cárcel.

Más adelante, escribiendo acerca del humano deseo de sentirnos importantes, Dale Carnegie agrega:

"Es este deseo el señuelo que hace a muchos jóvenes afiliarse como miembros de una pandilla de pistoleros. El prototipo del joven criminal de nuestros días, dice E. P. Mulrooney, quien fuera jefe de la Policía de Nueva York, está henchido de vanidad, y el primer deseo que experimenta, después de su aprehensión, es que la publicidad que tributan los periódicos lo convierta en héroe. La triste perspectiva de achicharrarse en la silla eléctrica le parece demasiado remota mientras contempla su retrato en la primera plana de los periódicos de mayor circulación.

Si usted me dice cómo satisface su sentido de importancia, podré desempeñar el papel de zaheridor y decirle quién es usted, pues esa propensión determina su carácter, su modo de ser. Por ejemplo, John D. Rockefeller sentía satisfecho su anhelo de importancia dando dinero para obras filantrópicas como la erección de un hospital moderno en Pekín, China, donde pueden ser atendidos millones de desamparados y gentes pobres. Dillinger, por otra parte, sentía saciada su sed de importancia figurando como asaltante de bancos y adquiriendo notoriedad como matón. Cuando los G-men, famosos agentes federales andaban a caza de él, inmediatamente se presentó en una casa de car-

po de Minnesota, diciendo: ¡Yo soy Dillinger! ¡No voy a hacerles daño alguno; pero yo soy Dillinger! El famoso bandolero sentía halagada su vanidad al saber que se le reconocía como Enemigo Público Número Uno.

La única diferencia significativa entre Dillinger y Rockefeller, es la forma en que cada uno de ellos satisfacía su deseo de sentirse importante".

El habitante de nuestros barrios bajos está condenado por el ambiente a ser criminal tarde o temprano. Si es un artesano humilde, en el taller empuéjan los compañeros por invitarlo a amarrar el chivo, que significa unir su pesos a los de ellos para ir después a la taberna y libar al parejo de sus camaradas para que vean que sabe tomar y no se echa pa' atrás.

Si pretende cortarse, si quiere volver a su modesta habitación cuanto antes, porque su mujer le espera, los amigos y hermanos del alma, le llaman regañado, mandado de su mujer y al picarle el amor propio, al zaherir su sed de importancia, decide dejar en la taberna hasta el último centavo de la mezquina paga.

Los hijos y la mujer le ven llegar dando traspiés, vociferando, y ante los reclamos de su esposa sale con el pleito ratero y en esa forma se siente muy hombre.

Pero a pesar de su hombría, los cuates del barrio no estan satisfechos, le miran de reojo porque si es verdad que es disparador, todavía no se sabe nada de él y entonces, a la primera oportunidad, para que se diga algo de él, exhibe su hombría

METODOS CRIMINALES EN MEXICO

su machismo, matando a cualquiera, sosteniendo en el brazo izquierdo la **muleta** del sarape o del sombrero, mientras que con la derecha esgrime la **charrasca**, la **punta** a manera de estoque y ¡está para que se diga algo de él, pa' que se vea que es "muy hombre" para dejar satisfechos a los amigos y calmada así su sed de importancia! ¡Ahora ya es alguien, ya es el matón del barrio!

Los hijos que todo lo observan, siguen llevando su vida de promiscuidad y de miseria. ¡Tantas escenas han presenciado donde la bestialidad y el desenfreno sexual intervienen, que deciden imitar el nocivo ejemplo de sus mayores! Al dormir sobre jergones, dentro de un solo cuarto, revueltos niños y niñas, no tardan mucho en descubrir los misterios del sexo.

El muchacho, ante el mal ejemplo del padre, ante las constantes riñas con la madre, ante los malos tratos que él recibe de seres en constante desequilibrio nervioso, huye del misérrimo hogar y se enfrenta a la vida con todas sus taras, con todas sus propensiones, con todos los traumatismos morales que en su ambiente cosechara y ante el imperativo de satisfacer sus más elementales necesidades, roba y por su falta de preparación delictuosa, le sorprenden, lo cogen y lo presentan al Tribunal para Menores donde se le somete al examen psicológico donde se le mide mental y moralmente para después ante dictado judicial, se le recluye.

La hermana, emulando al muchacho, huye con el primer galán de barrio que se le presenta, pasa de mano en mano como moneda corriente y cuando

JOSE RAUL AGUILAR

do aquel chico ya es un hombre y ella una mujer, cuando el hermano sale, si bien con un oficio y medios para ganarse la vida, también con la preparación delictuosa que tanto necesitaba, se vuelven a encontrar.

Cada quien se gana la vida como puede, siguiendo la línea de menor resistencia, de menor esfuerzo y mayor rendimiento. Ella comercia con su cuerpo, él desvalija al incauto.

Aunque ya visten bien, ya comen bien, su deseo de importancia no está satisfecho. Quieren ver su nombre en letras de molde y su retrato en todos los periódicos y quizá mentalmente atraen las circunstancias propicias para satisfacer su anhelo.

El entra y sale a las cárceles, ella va y viene a los hospitales y dispensarios antivenéreos; pero su posición en el hampa se va consolidando, hasta que él llega a capitanear la pandilla y ella es la provisional amante de un diputado.

Así es como se forman los Enemigos Públicos, subnormales de arcilla deleznable a quienes la publicidad gratuita de los periódicos levantara un pedestal salpicado de sangre para admiración de los lectores ávidos de sensacionalismo.